

Un feminismo latinoamericano



Martha Rosenberg

Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito
martharosenberg34@gmail.com

Rescate de lectura

A 40 años de la democracia, presentar este texto publicado como columna de opinión en el diario Sur, a poco de finalizado en San Bernardo el V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, en pleno auge de la política neoliberal menemista me inspira sentimientos contradictorios varios.

Primero, me asombra la nitidez del planteo, encarado desde el feminismo socialista marxiano de estirpe luxemburgiana de los años noventa. Tratando de contaminar el feminismo emancipatorio con el pensamiento anticolonial, antiimperialista, de izquierda y viceversa. Contra toda idealización de una “pureza” que restringiría las alianzas y coaliciones políticas que intentan integrar estratégicamente las luchas contra las diferentes formas de opresión. Creo que se sientan bases para la discusión y posiciones en un campo de acción política que advierte la interrelación indisoluble (actualmente llamada “interseccionalidad”) entre los poderes dominantes del patriarcado y el capital.

Segundo, la sensación de equivocación y derrota en este cuadragésimo aniversario, en que el voto en las PASO señala, descubre/revela la endeblez, o por lo menos la ineficacia de nuestra transmisión realmente existente. El análisis autocrítico de contenidos conceptuales, prácticas y formas de comunicación son inevitables para quienes hemos invertido vida y palabra en esta historia.

Más allá de los posibles resultados de la próxima elección presidencial¹ una reacción anti-izquierdista y anti-feminista –lejana y ajena a la democracia que celebramos– aparece fortalecida. Dominada por la funcionalidad a los poderes establecidos del capitalismo patriarcal globalizado, que modelan nuestro imaginario, la libertad

¹ Este texto fue escrito antes de las elecciones presidenciales de 2023 y puede ser leído como testimonio de la incertidumbre de esa época.

proclamada para extraer beneficios privados de la dominación de los bienes comunes resulta nauseabunda.

La barbarie inculta, brutal, obscena, negadora, oculta bajo mil capas a la cultura occidental a la que toma como modelo de civilización, la conquista imperial colonizadora y la aplica con todos los adelantos tecnológicos que la democracia iluminista permitió conseguir. Copia y tergiversa. Ofrece en el mercado como bien posible, universalizar los derechos conquistados a través de las luchas históricas de las clases oprimidas, manteniendo los privilegios de la concentración económica y simbólica de los poderes. Enorme manipulación de las ultraderechas avezadas en las actuales herramientas tecnológicas de comunicación, ante los fracasos de los gobiernos “progresistas”.

Es indispensable ponerse a salvo ahora.

1990: El V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe es la suma algebraica de los encuentros y desencuentros que implica un movimiento continental, plurirracial, pluricultural, cuya heterogeneidad social y política teje una trama en cuyas redes aparece con vigor la imagen del feminismo latinoamericano.

Sobre esta abigarrada variedad se tejen por lo menos dos efectos: por un lado, la incidencia en nuestros países de las políticas económicas de ajuste que dividen a la sociedad excluyendo a sectores mayoritarios del consumo de bienes y servicios, reforzando por vías directa e indirectas la opresión específica de las mujeres. Por otro, la influencia que sobre estos movimientos tiene la teoría feminista (elaborada en contextos históricos no solo diferentes sino tributarios de la actual distribución económica mundial) y cuyo indudable valor de despejamiento de la opresión de género es realizable sólo en la medida de su traducción a nuestros propios códigos culturales.

El feminismo no sólo se define por una asunción subjetiva, sino por el efecto de prácticas que aporten eficazmente al cambio de relaciones entre los sexos que sustentan el sistema patriarcal, y muchas mujeres han luchado y ganado mucho terreno a la opresión de género antes de reconocerse feministas.

La lucha por la supervivencia genera procesos de devaluación y achatamiento de los proyectos políticos, pero también prácticas colectivas de cooperación para atender las necesidades que ya no se pueden satisfacer individualmente. En estos espacios, en los que las mujeres pasan de la pasividad con que soportan su destino de seres domésticos a la actividad que supone llevar al espacio público la satisfacción de sus necesidades elementales, se crean, a la par de la solidaridad que surge de la reivindicación de derechos comunes o de la cooperación recíproca, nuevos valores culturales basados en estas experiencias. La actividad de las mujeres, tradicionalmente individual, privada y controlada por el género masculino, transgrede esos límites, abriendo la posibilidad de “transformar –como dice Luisa Muraro– la experiencia subjetiva en saber político”.

Quiero comentar un conflicto que me pareció operante de manera más o menos manifiesta a lo largo de lo que pude ver y escuchar. Me refiero al problema clásico de cualquier movimiento político revolucionario, que es la relación entre la vanguardia y los movimientos sociales, la dirección y la base, los intelectuales y los activistas. Digo clásico con cierto dolor. Porque si bien esto señala al movimiento feminista, y por lo tanto a las mujeres, accediendo a algún poder efectivo en el espacio público, este clasicismo me remite a una pregunta angustiante: ¿qué pasó con la utopía feminista de politizar *de otra forma* las relaciones políticas?

¿Qué división del trabajo se propone en el rechazo del mito de que somos todas iguales? Que seamos todas iguales es un mito patriarcal que debemos desmontar, pero también una utopía que debemos sostener éticamente.

Es evidente que la igualdad no es un punto de partida, sino el de llegada. Alcanzar la equivalencia supone el despliegue de la especificidad de cada una/o en un espacio social del que nadie es dueño, aunque algunos sean propietarios. Me pareció que se entablaba una pelea territorial entre el feminismo llamado (¿por quién y desde dónde?) “puro” y el avance de los movimientos sociales de mujeres, doblemente “impuros” por ser práctica masiva sin referencia teórica y por ser de mujeres. Ellas son “las mujeres”.

Si el feminismo no logra inventar nuevas formas de relación política, deberemos revisar las afirmaciones de que su óptica es subversiva respecto de las relaciones de poder acuñadas por el predominio patriarcal. En este desafío se imprimen los rasgos diferenciales del feminismo latinoamericano: que las mujeres no pueden encarar la liberación de género separada de la liberación social en la que la primera debe incluirse.

